EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11897

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 10 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EN DEUDA

Cada vez que llega á nuestras manos la nota de los servicios sanitarios que la dirección de los mismos publica mensualmente, buscamos la sección correspondiente á las defunciones y en ella una casilla que lleva á la cabeza un epígrafe que hiela la sangre: *Difteria*; y al ver la diferencia que existe entre las cifras que la ocupaban hace algunos años y las que ahora la ocupan, dedicamos un recuerdo piadoso al sabio ilustre que á fuerza de trabajos y desvelos encontró la manera de arrancar millares de niños á la muerte.

En la nota correspondiente al mes de Junio, la casilla de la difteria está vacía. Ni en la ciudad ni en los barrios extramuros ni en las diputaciones del campo ha habido defunciones de esa enfermedad horrible que ha sido antes la desesperación de los padres y el tormento de los niños y que gracias al maravilloso descubrimiento del doctor Roux no pasa ahora de ser, en la mayoría de los casos, un accidente pasajero. Si ha habido enfermos de ese mal que ha abatido su furia ante la ciencia, todos han escapado de la muerte gracias al procedimiento curativo del nunca bien alabado y querido médico francés.

Por cierto que la humanidad no ha saldado la deuda que con él tenía; la sigue teniendo y es posible que á favor de las corrientes egoistas que impulsan al mundo no la pague jamás.

Los trabajos del célebre doctor merecían perpetuarse en mármoles y bronces. El pueblo que se enorgullecía de contarlo entre sus hijos le debía esa prueba de afecto. Los demas pueblos le debían consideración y gratitud; más que eso: veneración.

La estátua del hombre ilustre que convirtió en dolencia casi inofensiva un mal terrible, debia elevarse en todos los pueblos; pero ya que esto no fuese posible por razones de carácter económico, debía erigirse en la plaza más hermosa de cada una de las capitales de Europa y América.

El doctor Roux pertenece á Francia por el nacimiento; pero como médico pertenece á la humanidad. Sus trabajos de laboratorio, buscando el remedio á la enfermedad que agostaba tantas existencias en flor, no las realizaba con el único fin de preservar de la muerte á los niños franceses; su objeto era más alto, más expansivo, más humanitario; trabajaba para todos y todos, franceses y españoles, ingleses y rusos, italianos y alemanes, europeos y americanos, han recibido el fruto de aquella labor persistente ante cuyos resultados completos y magníficos se abrió á la esperanza el corazón de tantas madres

El doctor Roux debía tener estatuas en Madrid y en París, en Roma y en Londres, en Berlín y en Nueva York, en San Petersburgo y en Bruselas, en todas las capitales de nación y debían erigírselas las madres á las que tantas lágrimas y tantos dolores ha ahorrado con su descubrimiento.

El hombre que á fuerza de desvelos ha borrado aquel cuadro terrible del niño diftérico viviendo unos momentos más merced al bárbaro é ineficaz procedimiento de la brocha; el médico ilustre cuya ciencia puso barreras á la muerte; el bienhechor que llevó la tranquilidad al ánimo de las madres afligidas borrando de sus corazones el miedo á la difteria, merece lo que no se niega á los poetas, á los oradores, á los guerreros de fortuna, á los políticos aventajados. Merece mucho más, merece que, como á aquellos, se le eleve un monumento en la plaza pública y un altar en el corazón.

Este ya lo tiene en los corazones de las madres que han visto á sus hijos curados por el suero.

Ahora le falta España y los pueblos no habrán saldado su deuda con el doctor Roux mientras no hayan perpetuado su memoria.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Ocho diputados catalanes visitaron hoy á la Reina haciendo grandes protestas de su amor á la unidad de España y manifestando que combatirán por cuantos medios estén á su alcance los excesos de los regionalistas.»

Ya está dicho.

Ahora vamos á ver cual de esos diputados le da un pescozón al primer catalanista que diga nuera España.

Mientras no veamos uno de esos energúmenos acallado á bofetada limpia, seguiremos pensando que es muy extraña la conducta de los catalanes.

***

Los diputados no iban solo á decir á la Reina lo copiado.

Le dijeron también que ellos piden solo la descentralización económica.

Vamos, ya pareció aquello.

Pero ¿qué razón había para mezclar lo uno con lo otro?

Eso es dar pábulo á las hablillas de la gente, que dice que los catalanes se sirven de los catalanistas para asustar á los ministros.

Dice *La Patria*:

«Dentro de pocos días se cerrarán las Cortes... ¿quién puede prever lo que puede suceder de aquí á que vuelvan á reunirse? ¿No puede, en cuarenta y ocho horas, estallar el conflicto europeo? Sin barcos, con nuestras costas indefensas, sin artillería moderna de campaña, sin dinero ni crédito ¿qué nos reservará el porvenir? ¿Cuál será nuestro destino?»

¿Pero es que los barcos y los cañones los vende el tendero de la esquina y no hay más que comprarlos?

Y si las Cortes no se cierran y el conflicto estalla ¿estaremos mejor?

¡Caramba, compañero, cualquiera entiende lo que quiere decir en ese suelto!

Como no vaya dirigido á los que nada entienden y con todo se entusiasman no nos lo explicamos.

Dice un colega:

«Las escuadras que maniobran en el Mediterráneo irán á Cádiz en cuanto terminen sus ejercicios, reuniéndose en dicho puerto cincuenta y dos barcos.»

¡Vaya una noticia para los carniceros, panaderos y demás vendedores de cosas de comer!

UN CEFIRO Y UNA FLOR

Era una flor: dulcísimo tesoro
de cándida hermosura:
sus hojas blancas, un botón de oro,
su tallo dócil y su cáliz pura.
Era la flor más bella
que nace con el alba;
el céfiro, volando en torno de ella,
murmuraba y decía:
—«Preciada estás con flor de ser hermosa,
y tu aliento vas por aire esparciendo
el tierno cáliz á mi dulce beso.
¡Tu orgullo es noble, tu altivez es vana!
Si del alba naciste,
yo nací del amor de la mañana.
Eres hermosa, pero vives triste.
Hoy traigo cálido de perfumes llenas,
y aunque tanto te alejas,
tus hojas abre y dormirás en mi seno.»

Le oyó la flor, y suspiró, y le dijo;
—«Recelado está el aliento de su grandeza.
¡Qué flor esquivaría
el tesoro feliz de su riqueza!...
Dame, pues, tu armonía,
tus suspiros suaves;
pero tu beso... no... me desharía.»
—«¡Sólo suspiros quieres!
¡Acaso tu no sabes
que yo traigo en mis alas los placeres?
Los besos son mis exquisitos dones,
que yo soy el amor».—Y en vuelo blando
casi á besarla alcanza.
Trémula y suspirando,
—«Ay... que mis hojas son las ilusiones,
la flor le contestó: soy la esperanza.»

J. Selgas.

UN FOTÓGRAFO INDISCRETO

El hecho de fotografiar á un miembro de la familia real de Prusia sin él advertirlo y lanzar las pruebas al comercio, ¿es un crimen de lesa majestad?

He aquí una cuestión que se ha suscitado en Alemania y que habrán de resolver los Tribunales de Bonn.

El príncipe imperial, estudiante de Derecho en estos momentos de la Universidad de Bonn, organizó hace algún tiempo una excursión en *tandem* por los alrededores de la ciudad, con una señorita á la cual sin duda profesa gran cariño. Los dos iban en traje de *sport*.

Pero la casualidad hizo que cuando pedaleaban más entusiasmados, un fotógrafo que pasaba por allí reconoció al *kromprinz*, y enfocando el aparato obtuvo una hermosa fotografía, que ha recorrido ya los escaparates de todas las tiendas.

No se limitó á esto el indiscreto fotógrafo, sinó que al pie se le puso la siguiente frase de un verso de una canción muy popular en Alemania.

—¿No hemos nacido para la alegría y la gloria?

La policía se dió prisa á recoger las pruebas, que se vendían profusamente, pero el fotógrafo ha protestado de esta arbitrariedad, asegurando que ninguna ley ha prohibido todavía sabar vistas campestres, aunque en ellas aparezcan parejas de enamorados.

La cuestión ha sido llevada á los tribunales de justicia. Será larga la vista del pleito.

PRODUCCION DEL CAFÉ

El cónsul de los Estados Unidos en Málaga, Mr. Richard M. Bartleman, ha remitido al Departamento de Estado en Washington los siguientes informes relativos á la producción de café en el mundo durante los seis años económicos:

En 1895 96, 10.355.000; en 1896-97, 13.605.000; en 1897-98, 16.187.000; en 1897 99, 13.723.000; en mil ochocientos noventa y nueve y 1900, 14.437.000; en 1900-1901, 13.975.000.

Las dos últimas cantidades, si bien es

lir á la calle, donde de continuo la perseguían los marineros y los irlandeses borrachos, no se moría de su tugurio en todo el santo día.

Aquella forzada inmovilidad la hacía padecer aún más.

Como la herradura se pone el hierro, así su corazón se desgastaba al pensar en un momento de tregua en la patria ausente. Sentíase mucho más desdichada que su anciano padre porque, además de los dolores y de las penas comunes, se añadía á su tormento la imagen de Jasko, que no la abandonaba ni un momento y que quizá no vería ya más. Es verdad que la había dicho: «Seré lo que tú serás.» Pero entonces era ella la hija de un campesino acomodado que marchaba á América con la esperanza de convertirse en un caballero, y él era un criado del señor de la aldea... ¿y ahora?

Mientras él continuaba siendo lo que era, ella había llegado al último escalón de la miseria social. Cuando la viese, le extrañaría sobre su pecho, diciéndole: «Ven, alma mía, pobre Marysa», ó bien la rechazaría como una mendiga? Su traje estaba hecho girones, parecía una miserable y si la hubiesen visto en aquel estado, de seguro todos los perros habrían ladrado. Sin embargo, aun en aquel estado hubiesen querido volar como una golondrina hacia Lituania, aunque no fuese más que para morir en su patria.

ra su hija algunos días de vida. El corazón se le había alegrado como por encanto.

Fué rápidamente hacia su casa pensando en Marysoka.

—¡Bendito sea Dios, que ha tenido piedad de nosotros!—murmuraba el anciano.—Tenemos leña para calentarnos y comida para dos días. Dios es misericordioso. La niña, que desfallecía de hambre, cuán alegre va á ponerse ahora!

Hablando así apresuraba el paso, teniendo en una mano el sombrero y resguardando con la otra su preciosa carga.

—Creí que me había visto obligado á robar y me ha caído del cielo. Teníamos hambre y ahora hay ya comida. Dios es misericordioso. María se alegrará en cuanto vea lo que la traigo.

Cuando la dejó su padre, Marysoka no se movió del rincón donde estaba acurrucada. Durante los primeros días, cuando Lorenzo traía combustible y comida, encendía la estufa, arreglaba los manjares, y después de haber comido lo poco que tenían preparado se acercaba al fuego y permanecía allí horas enteras. También ella había buscado trabajo y consiguió que la alquilaran en uno de los *boardinghouse*; pero como no la entendían ni podían decirla lo que era preciso hacer, fué despedida al segundo día. Después ya no encontró ocupación alguna y como tenía miedo de sa-

Sufrían ambos el frío y el hambre en silencio; días enteros permanecían sentados, mudos, como si una secreta cólera un odio mutuo les separasen. Sentían que estaban en una situación horrible; pero, para ¿qué decírselo? Las heridas mortales es mejor no tocarlas; pues harto sabían que no tenían ni dinero, ni alimentos, ni esperanzas y que nadie acudiría en su auxilio.

Hay en New-York un buen número de polacos; pero los que vivían cerca de Chattam square no estaban en mejor situación que ellos.

Ocho días después de su llegada trabaron conocimiento con dos familias polacas, una de Silesia y otra de Posen. De la primera habían ya muerto dos hijos de hambre, otro había muy enfermo y desde cuarenta días antes estaban sin casa ni abrigo y dormían bajo las arcadas de un puente, alimentándose con los desperdicios que arrojaban las aguas.

Poco después hallaron refugio en un hospital y no se supo más de ellos. La segunda familia estaba en peores condiciones aún, porque el enfermo era el padre, Marysoka les había socorrido en cuanto pudo; pero ahora era ella la que necesitaba socorro.

Habían podido recurrir sin duda á un templo polaco, el de Hoboken: sin duda aquel buen sacerdote les hubiese socorrido; pero ¿qué sabían ellos de una iglesia y de un sacerdote en aquel mar sin límites de casas?